

que debía ser *impluvium* ó receptáculo del agua del cielo por el agujero del techo, no es sino un hermoso tazón de mármol de Carrara que se eleva en un círculo de musgo y de flores. No hay peristilo, y además, el segundo piso, que en las casas pompeyanas era casi invisible y se destinaba á la servidumbre ó bien no existía, es aquí el principal del edificio, enteramente como se estila en la actualidad.

¿Para qué hemos de decir más? No hay que ir con el libro de Vitruvio, ó con la célebre novela de Bulwer, ó con la magnífica descripción de Dezobry, que están basadas en aquel, á examinar la casa de Schiafino, porque se la encontraría enteramente diversa.

El mérito de ella no consiste en la semejanza con las construcciones de Pompeya, sino en el buen gusto que ha presidido á su estructura y su adorno.

Así, pues, la describiremos tal como la vimos la noche de la *velada*. Atravesamos la puerta del enverjado y nos hallamos en un patio pequeño y cuadrado, iluminado lujosamente. Este patio es un jardín en miniatura, en el que á los *gigantes* que crecen en los ángulos, mostrando su gallardo y fresco ramaje que envuelve su tronco hasta el suelo, se mezclan diferentes plantas. Una hermosa palmera crece en otro de

los ángulos, dando á aquel lugar con su aspecto un aire morisco y gracioso. En el centro hemos dicho que hay un círculo de musgo y de flores rastreras limitado por callecitas de menuda arena, y en la cual se destaca garbosa una columna que sostiene un vaso de mármol hasta el cual trepan las enredaderas.

Esa noche el centro del jardín estaba bellísimo. Se habían colocado entre el musgo pequeños vasos de luz de varios colores, lo que les daba una gran semejanza con esas coronas de cocuyos que suelen enredarse en la grama de las praderas en las serenas noches de los climas calientes.

En el fondo del patio se eleva un pórtico jónico con zócalo de mármol negro y blanco. Las bases de las columnas son rojas y sus fustes amarillo y blanco. Los capiteles con filetes de colores sostienen un entablamento con cornisas del mismo orden, teniendo por remate una balaustrada. Multitud de enredaderas trepan hasta la mitad de las columnas, cubriéndolas con sus racimos de flores de colores diversos.

Alrededor del jardín hay un pavimento de mármoles de Puebla, sobre el cual se puede pasear á la sombra. Este pavimento es un verdadero mosaico blanco, azul y rojo que forma *lozanges* y otras figuras caprichosas.



Después del pórtico hay un salón espacioso y bello en el que se ha hecho un ensayo de la pintura policroma como los frescos pompeyanos, realizando una alianza de la forma y del colorido que hace realzar más el relieve. En el pórtico hay pinturas al claro oscuro. Las cuatro Estaciones y Las cuatro Edades del hombre.

Del extremo derecho del salón antedicho se pasa á un pequeño jardín interior, que se ha convenido en llamar el *viridarium*, aunque no ocupa el lugar que éste en las casas romanas. Este jardín es bellissimo. Sus muros están cubiertos con lava del Popocatépetl, de entre los cuales se descuelgan numerosas plantas rústicas. En el centro se eleva una fuente. El agua brota de un Delfín que un niño oprime con el pie. Este grupo de mármol, de una belleza acabada, es composición del hábil escultor mejicano Islas.

En los ángulos del jardín sobre *bazares* de bronce, se muestran en deliciosa confusión las hortensias, los pinos, los heliotropos, las violetas, algunas plantas alpinas, y grandes grupos de cinerarias, de agapantos, de anémonas, de campánulas, de verónicas y de otras flores que crecen á la sombra y embalsaman la atmósfera de aquel encantado retiro.

Una luz azulada colocada hábilmente entre las flores, hacía el efecto de cascadas que se desprendían de las rocas.

Del jardín, y por una puerta practicada literalmente entre las enredaderas que cubren la pared se pasa á un departamento que se llama la *exedra*, que en las casas romanas estaba destinado á la reunión de los filósofos y de los poetas. Era el lugar de la conversación.

Este departamento está dividido en dos saloncitos: el uno tapizado elegantemente y con techo de vigas doradas, como las casas señoriales, muestra en sus paredes una copia de la Danae del Ticiano y otros dos cuadros españoles cuyo estilo es de la escuela de Murillo, así como otros dos lienzos representando batallas. Aquí se encontraba un magnífico piano inglés, y había mullidos asientos para los que viniesen á conversar después de las lecturas ó á fumar.

El otro, más grande y espléndidamente iluminado, se destinó á la reunión literaria. Este salón es muy hermoso, y en él se ha procurado reproducir el aspecto de aquel que existe en Pompeya, en la casa del *poeta trágico*. Tiene vista á los dos jardines, sus muros son azules, sus pilastras rojas, y rojas también las cortinas de los tableros. Aquí las pinturas al fresco, obra de artistas de la Academia de San Carlos, re-



presentan los asuntos siguientes, copiados de los cuadros pompeyanos:

El sacrificio de los amores.

Patroclo, por orden de Aquiles, entrega á la esclava Briseis á los enviados de Agamenón.

Héctor reprocha á Paris estar al lado de Helena y lejos del combate.

Despedida de Héctor y de Andrómaca.

El sueño y la muerte conduciendo el cuerpo de Sarpedon á Lycis, su patria.

La aurora naciente.

La diosa Minerva-Pallas.

Los siete contra Thevas.

El sueño de Helena.

Clitemnestra.

Las pléyades.

Pelasgus ultrajado.

Las suplicantes

Todos estos asuntos están, como se sabe, sacados de la Iliada y de la Odisea, del poema de Hesiodo y de las tragedias de Eschylo y de Sófocles.

Como la casa aun no está amueblada de una manera análoga, porque no puede decirse concluida enteramente, esa noche se arregló con elegancia, pero al uso moderno, para recibir á los literatos. Sobre grandes mesas se habían

puesto casi todos los periódicos literarios é ilustrados de Europa, las publicaciones históricas contemporáneas y otras curiosidades que fueron una novedad.

Continuaremos describiendo la casa. Al extremo opuesto del salón en que se halla el *viridarium*, hay una puerta que conduce á la ala derecha de la casa. En este departamento se halla el comedor, *triclinia* le llama el amo de la casa; porque en efecto, su colocación es la propia, si llamamos *exedra* á los departamentos de enfrente, y si suponemos que el salón del fondo ocupa el lugar de lo que llamaban los romanos técnicamente *tablinum*, en el que guardaban los archivos de familia.

Este lugar de los triclinios es la reproducción del que existe en Pompeya en la casa llamada de Castor y Polux, y brilla por un gusto exquisito en su decoración. El cielo raso es de mosaicos de forma octágona de color verde, azul y rojo, sobre fondo amarillo. En el friso hay pintadas máscaras de báquicas envueltas en un gran festón, con una riqueza de flores y de frutas de una variedad sorprendente.

Las paredes están cubiertas de tableros azules y amarillos, separados por esbeltas columnas adornadas con flores fantásticas, y en el centro hay varios paisajes y decoraciones. El pavimen-



to es semejante al cielo raso. La pieza que sirve de biblioteca tiene una decoración de arabescos.

Del salón del fondo arrancan las escaleras que conducen á la parte alta, que como hemos dicho, es la principal. En ella las habitaciones están decoradas según los modelos de algunas casas de Pompeya; y allí, en magníficos frescos, se ven grupos de bailarines, centauros hombres y mujeres, frutas y animales, y decoraciones de follajes y de pájaros. Pero merecen mencionarse los frescos que representan á

Venus llorando la muerte de Adonis.

El sacrificio de Ifigenia.

La vendedora de amores.

Ariadna abandonada, sentada sobre la ribera del mar, al pie de una roca, desde donde ve huir el buque en que se va Teseo.

Retratos de Niobe.

La cabeza de Aquiles.

Una vacante desnuda, recostada sobre un monstruo y llenándole una copa.

Ultima entrevista de Aquiles y de Briseis.

También allí se encuentra el salón azteca, que contiene decoraciones antiguas, según los modelos de nuestros libros históricos. Es una restauración de un salón del tiempo de Moctezuma.

Fáltanos sólo decir que el arquitecto que construyó esta casa es D. Santiago Evans.

Como se ve, es una casa curiosa y bella, de masiado vasta para alojar una familia y sólo propia para servir á una asociación. Hoy en ella se halla establecido el club de la Unión, que se inauguró hace pocos meses.

Hablando ahora de la velada, diremos que estuvo animadísima. Se leyeron composiciones del Sr. Híjar y Haro, que las envió desde Guadalupe y que fueron muy bien recibidas; del Sr. D. Sebastián Mobellán y de los Sres Rosas, Olavarría, Villalobos, Ortiz, Prieto, Sierra, Alfaro, Téllez, Ríos, Montiel y Uhinck, que nos hizo conocer un nuevo estudio sobre Shakespeare.

El Sr. Villalobos leyó una poesía de un joven que se halla hoy en una situación angustiada y apelando á la generosidad de los concurrentes, recogió en su favor una suscripción regular.

El Sr. Payno inició la idea de establecer el club de la Unión, para que allí se hiciesen constantemente las reuniones literarias, y se inscribieron en el acto los primeros socios.

El Sr. Ramírez nos dió el placer, á petición de todos, de hacer críticas, para lo que tiene el talento, los conocimientos y la gracia que se necesitan.



Ramírez no ejerce la crítica, como pudiera suponerse, con sátiras, sino con razones que convencen, con un tesoro de conocimientos literarios y con un tacto que no pueden menos que hacer inclinar confeso y convicto á aquel que oye un fallo de su boca. Los chistes con que sazona sus juicios, son chistes de buena ley que revelan el ingenio y agudeza. En suma, él hace notar la distancia inmensa que hay entre el análisis del hombre superior y el sarcasmo del pobre envidioso, que quisiera ver á todos al nivel de su exigua inteligencia, y que no puede reprimir su chillido de rabia al oír los aplausos que obtienen los demás.

Por eso todos han concedido por unanimidad la silla del magisterio á Ramírez, apartando desde un principio á algunos pretensiosos que se hubieran querido sentar, al menos, en ella, sin haberse tomado la pena de estudiar y de hacer méritos para poder aspirar á tan encumbrado puesto literario.

Estas críticas de Ramírez fueron perfectamente recibidas y aplaudidas, y todos se propusieron pedir que las continuase en las reuniones posteriores, porque ellas llenan el objeto verdadero que se propusieron los concurrentes, que no fué el de hacerse aplaudir, sino el de estudiar,

Una vez concluidas las lecturas, el Sr. Schiafino, invitó á sus amigos á pasar al *triclinio*. Allí, con el tacto exquisito que le distingue y sin hacernos sentir su opulencia ni hacernos notar lo rico de las viandas, ni lo costoso de los vinos, sino con la modestia que había sido su rasgo dominante en toda la noche, nos hizo gustar de todos los placeres de una mesa *confortable* y bien servida.

No encontramos en ella nada romano, pero los invitados pudieron gustar de un surtido de pasteles deliciosos, mientras que los más positivos se dedicaban á la galantina trufada, al jamón de York y al salmón, sabrosamente preparados por Michaud, que fué el *Promuscondus* de este festín. Además se sirvieron ricos helados de fresa y de limón, y si no probamos las nueces de Tasos, las avellanas de Iberia y los dátiles de Egipto, si pudimos gustar de algo mejor, escogiendo entre las olorosas piñas, dorados mangos y otras frutas de la tierra caliente y del valle de Méjico; todo esto sazonado con excelentes vinos, que un conocedor como el dueño de la casa, no podía permitir que fuesen de inferior calidad.

La velada, merced á la galantería de Schiafino, se prolongó hasta las seis de la mañana, siendo ésta la primera vez en que se permitieron



los literatos esta licencia; siendo de notar que cuando se separaron, á la hora en que Méjico despertaba, aun conservaban el entusiasmo y el vigor con que habían comenzado.

Todos conservamos el recuerdo de esta noche bellísima, y un gran reconocimiento por las finezas de un tan cumplido caballero, como fué el que en esa vez reunió en su casa á la juventud amante de las letras.

---

La velada siguiente tuvo lugar en la casa del Sr. Riva Palacio, y á ella invitó la Asociación Gregoriana. Esta Asociación, sobre la que hemos tenido el gusto de hablar otra vez, y que personifica todo lo que hay de grande, de noble y de generoso en el país, quiso también manifestar su amor á la literatura nacional, presidiendo una de nuestras reuniones, que ha sido hasta aquí la última, y en los salones de su presidente volvimos á ver á los hermanos de San Gregorio, á quienes sin distinción de colores políticos enlaza el más puro sentimiento de fraternidad.

También ellos hicieron los honores de la casa con exquisita finura y con notable modestia, habiendo sobrepujado, con todo, en lujo y en

refinamiento, á cuanto habíamos visto en las veladas anteriores.

Antes de comenzarse las lecturas hubo un incidente que se nos permitirá recordar, no por vanidad personal, sino por gratitud. El que esto escribe fué honrado por la Asociación Gregoriana con una distinción inmerecida, y que no atribuimos á otra cosa que al afecto amistoso con que aquellos generosos hermanos nos miran.

Es el caso, que habiendo escrito nosotros una revista de la fiesta gregoriana de este año, en la que no hacíamos sino rendir el debido homenaje á los hijos de tan ilustre colegio, la Asociación determinó darnos una grata sorpresa en su velada, honrándonos de una manera singular.

Apenas habíamos llegado al salón cuando Guillermo Prieto, en nombre de los gregorianos, vino á ofrecernos un ejemplar del *Paraíso perdido de Milton*, de la edición lujosísima de Barcelona, que reprodujo los bellos grabados que tenía la edición francesa con la traducción de Chateaubriand. En la primera hoja de este magnífico libro pusieron los miembros de la junta central de San Gregorio una dedicatoria, y abajo se ven las firmas siguientes: —*Vicente Riva Palacio*, presidente.—*José Linares*, vice-presidente.—*Manuel María Ortiz de Montellano*.—*Luis Malan-*



co.—Ignacio Ramírez.—Manuel Romero.—Jesús María Aguilar.—Isidro Díaz, tesorero suplente.—Manuel Gómez Parada.—José María Rodríguez y Cos, pro-secretario.—José María Iglesias.—Mariano Brito.—Nicolás Pizarro.—Carlos María Escobar.—Joaquín M. Alcalde, secretario.—Gabriel María Islas, vocales.

Hemos querido estampar aquí los nombres de estos buenos amigos que componen la junta central de la Asociación, para manifestarles nuestro profundo agradecimiento, hoy que se ofrece una oportunidad que antes no habíamos tenido. Que ellos crean que apreciando debidamente la acción generosa con que nos distinguieron, nos creemos indignos de ella y por eso les conservamos el más profundo reconocimiento.

Nosotros guardaremos el precioso libro como un recuerdo de cariño, como una de las pocas flores que hemos recogido en el camino desierto de nuestra vida, como una de las compensaciones más dulces que hemos tenido en la tarea amarga y desdeñada del escritor de Méjico; lo guardaremos con orgullo y amor, como el primer premio que recibe un estudiante pobre y abandonado, que ve sonreír al destino por la primera vez!

Y cuando agobiados en una de esas horas de tristeza, que son tan frecuentes en nuestra vida

de angustia, nos sobrecoja el desaliento, corremos á abrir nuestro *Paraíso perdido*, y en su primera hoja encontraremos la palabra que nos anime y que nos ayude á continuar la senda del trabajo y del estudio. Entonces será la Asociación gregoriana á quien debamos nuestra constancia, y no tendremos para ella, como ahora, sino palabras de bendición.

Hablemos ya de las lecturas.

Fueron como siempre numerosas. Nosotros sometimos al juicio de nuestros amigos las primeras páginas de la presente revista, que fueron acogidas con benevolencia. Nos hizo oír Prieto otro de sus cantos sublimes, y todos los jóvenes se fueron sucediendo en la silla del lector. El Sr. Zamacoís, poeta español, pero que puede reputarse mejicano, leyó la introducción de un libro que va á dedicar al Sr. Mobellán; en seguida Peredo nos alborozó con un precioso juguete en que nos pintó á su musa como una muchachita traviesa é insurgente, decidora y terrible, á la que no pone miedo sino el nombre del Nigromante.

Sierra, siempre elevado y magnífico, recitó su poesía *El Genio*. González recitó de memoria parte de una comedia de costumbres populares, que tuvo que repetir en medio de las risas y de los aplausos de todos.



La velada terminó á las dos de la mañana.

Desde entonces las reuniones se suspendieron; pero en breve volverán á comenzar con mejor forma y con novedades importantes. Nuestros amigos se impacientan, y tenemos trabajo en resistir á sus repetidas instancias para convocar á nuevas sesiones literarias.

---

Hemos concluido esta larga revista, que es como el resumen de los trabajos literarios en la primera mitad del año presente, con más una especie de compendio sobre la novela mejicana desde principios de este siglo. Nuestra revista, pobre como es, y desnuda de todo mérito, servirá de acta del primer movimiento literario en los años que sucedieron á la invasión francesa, y será útil al observador para medir el progreso de nuestros trabajos futuros.

Tal vez se note por algunos que nuestro estudio no es verdaderamente un estudio crítico y con sobrada razón. Ni tenemos la capacidad que se necesita, ni creemos tampoco llegada la oportunidad de hacer juicios severos sobre las obras de los jóvenes que se empeñan en el adelantamiento intelectual de su país. La literatura renace hoy; ¿sería discreto exigirle la madurez

y el perfeccionamiento que sólo es dable conseguir á pueblos más viejos y más experimentados y cuya escuela data de luengos siglos? ¿Sería discreto descaminar á los jóvenes, mostrándoles los infinitos obstáculos que tiene que salvar el estudioso para llegar á adquirir un nombre en el mundo de las letras? Fuera esto matar el entusiasmo por satisfacer un sentimiento de vanidad femenil. Los que mucho saben nos dan el ejemplo de moderación y de juicio en esta parte, y acogen con marcada benevolencia las obras de los discípulos. Para corregirlas no adoptan otro lenguaje que el paternal y dulce del maestro, y no el duro y discordante del Aristarco inflexible. Solamente algunos zoilos han creído conveniente, por lucir un chiste desabrido y satisfacer una vanidad pueril, censurar acremente nuestros trabajos; pero ¡infelices! su envidia dejó ver los dientes desde luego, porque ellos eran los que menos podían extender juicios severos y los que por sus obras más necesitaban de indulgencia. Eran literatos en virtud de nuestra tolerancia. Pero fuera de éstos, cuyo grito ha sido cubierto luego por la desaprobación general, todos han concurrido á la obra de reconstrucción literaria con sus consejos y con su protección, con sus luces y no con su vanidad, con razones y no con inútiles sar-



casmos, que el que es docto razona, y sólo al ignorante envidioso le queda, por toda arma, la risotada de despecho ó el epigrama de la impotencia.

Así, pues, nosotros que somos de los que principian, y que necesitamos también de la indulgencia de nuestros amigos, no hemos tomado la pluma con el objeto de enseñar, sino de animar, y por eso que no se nos eche en cara nuestra propensión al elogio y nuestra admiración, tal vez demasiado cándida, pero seguramente sincera. Nosotros deseamos el progreso de la literatura en Méjico, nosotros creemos en el porvenir de nuestros hermanos y no somos tan mezquinos para levantar un puñado de tierra pretendiendo opacar el poco ó mucho brillo que hayan podido adquirir, porque nosotros no conocemos, lo decimos con orgullo, la baja pasión de la envidia, ni nos duele el corazón cuando oímos el elogio de los demás, sino que hacemos coro en voz más alta, ni queremos detener á nadie con el chuzo de la sátira para que no se nos adelante en el camino de la reputación. No: nosotros con un talento humilde y una instrucción incompleta y desordenada, merced á la pobreza suma de nuestra juventud, pues hemos carecido á veces hasta de libros propics, y hemos tenido otras que escuchar las

lecciones científicas á las puertas del aula, por no poder subvenir á los gastos del estudiante, hasta que la mano de un protector venerable vino á quitar de nuestra senda los obstáculos; nosotros, repetimos, con todas nuestras nulidades, no bajaremos jamás á la mezquina posición del envidioso.

Esta es la explicación de nuestra conducta literaria y del fin que nos propusimos al publicar la presente revista, escrita, nos es preciso confesarlo, con un poco de prisa, en nuestras horas de enfermo, y sin más pretensiones que las de consignar en ella un recuerdo al trabajo de nuestros hermanos.

